

*
* *

Otros de los jefes guerrilleros notables fueron los Villagranes que desolaron, en sus terribles correrías, los campos que se extienden en torno de San Juan del Río, por los territorios que hoy forman parte de los Estados de Hidalgo, Querétaro y México.

Estos Villagranes, de funesta memoria, lo mismo que una infinidad de aventureros que pulularon por Michoacán y Nueva Galicia, ejercieron á la sombra del estandarte libertador, el más atroz bandidaje, robando en todas partes, dejando huellas de sangre y fuego en las poblaciones, desprestigiando la causa que profanaban... Esos miserables que surgen siempre en las grandes revoluciones, no logran, no obstante, oscurecer la gloria de los verdaderos caudillos.

Era imposible por entonces saber quiénes se batían por el pillaje y quiénes por la patria... Muchos de ellos fueron, al menos, utilizados como un arma cualquiera, en la urgencia y angustia de las situaciones difíciles... sin que por eso desconocieran los jefes insurgentes, que aquellos hombres de salvaje valor y truhanesca astucia, no eran sino instrumentos de combate que, al fin, tarde ó temprano, habrían de ser aniquilados.



X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS

1840-1841



D. José María Morelos,
Cura de Carácuaro, Generalísimo encargado del poder ejecutivo,
con el uniforme de Capitán General
con que hizo en Oajaca la jura de la Junta de Zitácuaro.

X

EL CAMPAMENTO DE LA SABANA

PRIMERA CAMPAÑA DE MORELOS.
1810-1811

José María Morelos está ya consagrado por la Historia como el genio militar de la guerra de Independencia.

Aparte de sus maravillosas cualidades cívicas, de alto patriotismo, de grandeza de alma, profunda virtud y acrisolada honradez, bondad ingénita, templanza y excelsos ideales, este hombre extraordinario es todo un gran general, que deja estupefactos á los viejos jefes españoles, con su estrategia desconcertante y su táctica arrolladora.

Morelos es la gloria más pura y más excelsa de nuestra patria, como caudillo de la Independencia, y es el capitán maestro, sabio y audaz, que, rompiendo las antiguas rutinas tácticas de sus enemigos, con su pequeño improvisado ejército, maniobra con una notabilidad y un acierto tal, apareciendo aquí frente á una columna para engañarla y caer por milagro á su retaguardia, dividiéndose, multiplicándose, acom-

tiendo sobre el punto vulnerable del adversario, al que logra desesperar abrumándole con sus vertiginosas combinaciones.

Sólo durante los tempestuosos períodos de sangrientas revoluciones, se admiran hombres como este caudillo, que poco antes de que estallara la insurrección apenas sabía leer y sólo tenía vagas nociones de instrucción general. Sin embargo, escucha el grito de libertad, fulminado por Hidalgo, su maestro, con quien ha hablado sin duda, cuando aquél fué Rector del colegio de San Nicolás en Valladolid; y corre á ponerse bajo sus banderas.

El iniciador de la Independencia lo recibe cuando marcha triunfal hacia la capital del Virreinato y, comprendiendo al instante todo el valor de Morelos, lo hace General y le apoya el proyecto de marchar hacia el Sur para levantar los pueblos de las montañas y apoderarse de Acapulco, puerto del Pacífico de la más vital importancia para la causa libertadora.

Debió adivinar, al punto, Hidalgo el genio de Morelos, cuando le encomendaba semejante empresa, sin darle ni el más pequeño recurso militar.

Desde este instante se abre la etapa de luminosa gloria que corona la vida del cura de Carácuaro; desde este momento principia la extraordinaria epopeya que constituyen como cantos inmortales las campañas del improvisado jefe, que, armado tan sólo con un nombramiento casi verbal, sin un hombre, sin una espada, sin un centavo, va á hacer retemblar las agrias sierras del Sur con el trueno de sus cañones, que llevarán su nombre á las columnas realistas y que, repetidos por los ecos de montaña en montaña hasta el soberbio Ajusco, hará vacilar en su trono al virrey Venegas!

Morelos, después de larga entrevista con Hidalgo en el pueblo de Indaparapeo, vuelve á su curato de Carácuaro situado al Sur del que hoy es Estado de Michoacán, levantando en el camino su voz en pro de la causa de la dignidad nacional, hablando con sus amigos los rancheros, haciendo la cruzada de la libertad.

Vendiendo lo poco que posee, pidiendo prestado por aquí, regalado por allá, decomisando lo que puede de los españoles de las cercanías, logra poner sobre las armas una pequeña pero sólida y brava guerrilla.

Sus primeros veinticinco hombres, escogidos entre los más audaces y decididos campesinos, gente ágil, fuerte, dispuesta á todo y que adoraba á Morelos, le juran morir antes que abandonarlo.

Desde luego descuella en talento organizador, tan necesario en todo jefe, y muy particularmente cuando no se opera en tropas regulares, sino que hay que ir improvisando fuerza, al desechar el pernicioso método de Hidalgo, quien aceptaba en sus gentes á cuantos querían, con armas ó sin ellas, débiles ó fuertes, valientes ó cobardes. Él, por el contrario, vió que ese sistema era fatal, pues aumentaba las cargas, los estorbos y las bocas inútiles. Las chusmas desarmadas de Hidalgo ocasionaron en los combates más desastres que las balas realistas.... Aquéllas llevaban el pánico á la hora de la retirada, que se convertía en derrota, y todo se perdía; y si se obtenía el triunfo, todo el botín era arrebatado por aquella plebe desorganizada, sin jefes, sin dirección, ni conciencia.

Morelos seleccionó cautelosamente, para no cargarse de un personal que excediera á su armamento y recursos.

Quiso ante todo que el núcleo veterano de sus

futuras tropas estuviese, en lo posible, instruido y disciplinado para ejemplo de los que se le fueran agregando... Así que, con pequeña pero sólida y ágil partida, dotada de la suficiente elasticidad para huir el cuerpo á pesadas masas perseguidoras, unos cuantos caballos y escaso parque, sale Morelos de Carácuaro, decidido á excursionar en el Sur, pasando el río de las Balsas, después de obtener aumento de recursos en el pueblo de Churumuco.

Se internó luego en los montes de Yanhuitlan, donde fué aumentando paulatinamente su guerrilla, y procediendo como cualquier veterano jefe, destacó hacia la próxima costa del Pacífico, hombres de su confianza, como espías y exploradores al propio tiempo que emisarios. Reconocido el terreno avanzó resueltamente hacia el S. E. rumbo á Zacatula, donde entró sin resistencia aumentando sus elementos y armas, más cincuenta hombres. Continúa su marcha, amagando Acapulco, siguiendo las asperezas de la costa, y llega á Petatitlan donde su fuerza alcanza ya á doscientos hombres regularmente armados. Hasta entonces, sólo en tiroteos aislados, entre el monte, en reconocimientos y caza, había sido gastada la pólvora.

Mas ya se acercaba á Tecpan, población de alta importancia, y el comandante de Acapulco sabía la marcha amenazadora de Morelos y había mandado al jefe realista José Antonio Fuentes, con trescientos hombres de la guarnición, á detenerlo y acabar con su partida. El realista fortifica el paso del río que corre cerca de la población; Morelos reconoce el terreno y carga en dos columnas, una frente á frente y otra flanqueando á Fuentes, quien después de breve resistencia se retira en fuga.... Durante el paso del río, Morelos

excitaba á los soldados momentáneamente enemigos, á volverse á su bando *que es el de la patria, el de la Independencia de los americanos*. Muchos de ellos, durante la fuga, retrocedieron y se presentaron al vencedor con sus armas y las que habían arrojado sus compañeros.

Puede considerarse éste el primer triunfo de Morelos, pues se hizo de armas enemigas, municiones, equipo y gente instruida en ejercicios militares, amén de que tuvo conocimiento exacto de la situación de Acapulco.

Pero el suceso más feliz durante esta atrevida marcha, ejecutada por un carácter perseverante y audaz, fué la adquisición del valiente suriano Hermenegildo Galeana, propietario de la hacienda de San José, lo mismo que sus hermanos Juan y Fermín, quienes se pronunciaron inmediatamente por la nueva idea libertadora manifestando el mayor patriotismo y desinterés.

En su hacienda acampa el caudillo á principios de Noviembre de 1810 y aumenta sus pertrechos de guerra, con caballos, setecientos hombres y hasta artillería, — tres cañones; había también en la finca un pequeño y sólido cañón que se llamó « el Niño » que servía en las fiestas religiosas para arrojar los llamados *cohetes de cámaras*; ese cañoncito iba á beber muy pronto mucha sangre realista! ;Era el más pequeño pero el más sólido y certero!

Morelos ocupa Tecpan, fortificándose al punto, expidiendo proclamas al pueblo y engrosando más y más su ejército, armamento y equipo, hasta contar con dos mil hombres listos para entrar en combate.

Combina y madura el plan de asedio de Acapulco! Ordenó que uno de sus tenientes, Valdovinos, se apoderara del cerro del Veladero, altura que domina á lo lejos el puerto y que es de gran importancia por

Semejante triunfo en Morelos, dejó consternados á sus enemigos y le valió nuevas simpatías y adhesiones en el Sur.

Sin embargo, su situación en el Veladero era crítica, pues se encontraba sitiado por las fuerzas de la guarnición de Acapulco y por las del comandante Paris, que espera refuerzos nuevos de Michoacán, Oaxaca y la Costa, cortándole mientras tanto sus comunicaciones.

Para salir de aquel cerco de hierro, Morelos acudió á miles de astucias, haciendo espiar el campo realista, del que tuvo exacta descripción; y una noche, con todo sigilo, se aproximó á él, cayendo de súbito sobre los centinelas y avanzadas, y luego, cargando sobre las tropas que dormían, consumó la sorpresa... Hubo un desorden espantoso, y el jefe adversario, que también dormía entre las sombras, huyó con unos cuantos fieles, abandonando el campamento.

Tan audaz y afortunado golpe de mano dió á Morelos ochocientos prisioneros, setecientos fusiles, cinco cañones, veinticinco cajones de parque, centenares de cargas con provisiones, equipo y algunos caballos, amén del prestigio que aumentó el entusiasmo por su genio militar.

Con semejantes refuerzos y otros que fué adquiriendo en aquellos días; y por otra parte, urgido por la aproximación de fuerzas más competentes, trató de apoderarse de Acapulco á la mayor brevedad, tomando el Castillo.

En esta empresa le cegó su buena estrella y sobre todo la facilidad relativa de sus primeros triunfos... ¡era preciso que un desastre le enseñara á ser menos confiado y á contener sus ímpetus!...

Habiendo ligádose en tratos con un español artillero

del castillo, — un tal Gago — se convino en que éste, — que estaría de guardia durante la noche del 8 de Febrero, — prepararía todo lo conducente á hacerle entrar con sus fuerzas, inutilizando de antemano la pólvora y parque realista, advirtiéndole con una señal en lo alto de la fortaleza, de que *era la hora*.

Morelos hace sus preparativos; forma sus tropas á las que advierte que van á entrar como en su casa; y avanza con ellas hacia el cerro de la Iguana, envuelto en las sombras... todo parece que va bien cuando no encuentra avanzadas ni centinelas que den la *alarma*... pasan por entre estrecho encajonamiento de lomas y se acercan hacia la bahía, frente al castillo silencioso irguiéndose en lo alto de la eminencia. Allí esperan. Momentos después brilla en un baluarte del sombrío edificio una llamarada rojiza :; es la señal!.. En orden marchan los insurgentes, ya con toda confianza, hacia la posición que continúa sumergida en las tinieblas y el más profundo silencio... cuando, de súbito, toda la noche se ilumina como por un relámpago inmenso... ¡ el fuerte se corona de rayos; las embarcaciones vomitan fuego y un desgranamiento de descargas retumba en todos los ámbitos, fulminando en masa á los confiados insurgentes que contestan con gritos de pánico! Síguese otra descarga lanzada por las siete embarcaciones y el Castillo, — y ruedan montones de cadáveres, aclarando las filas que al punto se rompen!...

Imposible era contestar, defenderse; estaban á merced de sus enemigos!.. ¡ Fué uno de esos instantes de pánico que todos los soldados del mundo conocen y en que nada pueden la disciplina, ni los jefes, ni la misma conveniencia!.. ¡ Plena dispersión!

En esos conflictos, el hombre ante el peligro cede el puesto á la bestia desbozalada que echa á correr locamente y, lo que es peor, comunica á los otros su brutal transformación...

Los insurgentes en aquella celada mortífera se desbandaron al instante en las tinieblas, sin saber dónde dirigirse!

Sólo hubo un hombre que no se desmoralizó, que, por el contrario, adivinando que aquella fuga desatentada era peor mil veces que recibir á pie firme las descargas, y conociendo que el mal podía disminuirse en una retirada en orden, corre más ligero que todos, y va á tirarse en el suelo, en el estrecho espacio por donde desembocaron primero, obstruyendo el paso con su cuerpo, gritando con toda su estentórea voz :

— ¡ No corran, no corran ! ¡ Los cobardes, que pasen sobre mí ! ¡ Soy su general !

Entonces se detienen ante el cuerpo de su jefe, quien, aprovechando ese respiro, los forma en cuadro; llama, gritando, á los demás, y constituye un pelotón que hace fuego sobre una masa de realistas que á la carga se precipitaba, no creyendo encontrar resistencia.

Los cadáveres enemigos ruedan á su vez... Esto da ánimo á los insurgentes, y contienen á los realistas, que retroceden un instante... Hay confusión, griterío y pánico por ambas partes, entre las sombras.

— ¿ Ven, muchachos ?.. ¡ Ahora ellos son los que corren !... ¡ Á sus puestos ! ¡ Á sus puestos ! — y Morelos continúa alentando las tropas con un gran heroísmo.

Y al fin, el héroe, con los más serenos y valientes, cubre la retirada en orden hasta que retroceden todos hacia su primera posición *de la Iguana*.

Semejante rota le hizo reflexionar con más calma, conteniendo su natural ardor agresivo y considerando que era imposible apoderarse de una plaza como Acapulco, cuyo castillo estuvo luego batiendo con un obús y tres cañones, y, falto de artillería mejor, y temiendo las fuerzas que le sitiarian pronto, inmovilizándole, dejó á Julián Ávila, y á los Galeana en la Sabana, mientras él, enfermo, se retiraba á Tecpan.

El jefe realista Cosío, que venía por la Costa en auxilio de Acapulco, hostilizó las posiciones insurgentes sin poder ocuparlas, librándose combates parciales y escaramuzas entre la Sierra, entre las guerrillas insurgentes que expedicionaban en demanda de víveres, y los realistas, hasta que habiendo recuperado Morelos su salud volvió á dar calor á la contienda.

Resuelve entonces, sin abandonar sus posiciones de la Sabana y el Veladero, dirigirse al corazón de las montañas, hacia Chilpancingo y Tixtla, para dominar las Sierras, — enormes fortificaciones inexpugnables, castillos de águilas, de donde éstas saldrán á la guerra de la libertad, desparramándose por los vastos horizontes de la patria!

Deja en el Veladero á su fiel Ávila con buena parte de las fuerzas más antiguas, algunas provisiones y valientes compañeros, á quienes ordena exploren la costa y el Norte en pequeñas correrías, girando en torno de su posición para no comprometerse, y él, con *el Niño* y trescientos hombres, se interna, audaz, por entre abismos y colosales despeñaderos, entre tortuosas y profundas barrancas, bajo las eternas selvas surianas...

